135 El Cardenal y el ministro.

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

13.

MADRID:

RIOS, MONIER. CUESTA, PUBLICIDAD.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elcardenalyelmin00cort

PROPIEDAD.

El *Círculo Literario Comercial* ha adquirido la propiedad de esta obra por escritura pública de 21 de Enero de 1850, y como su esclusivo propietario perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino, ó sociedad formada por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion con arreglo á las reales órdenes de 4 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847.

Se considerarán como reimpresos furtivamente los ejemplares que no llevasen la contraseña reservada del *Círculo Literario Comercial.*

Articulos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art.* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem. art.* 23.

EL CARDENAL Y EL MINISTRO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO CORTIJO Y VALDÉS.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. A. VICENTE,
calle de Lavapies, núm. 10.

1848.

716497

Al Sr. D. Francisco Cortijo y Baulou,

EN PRUEBA DE RESPETUOSO CARIÑO,

su hijo,

El Autor.

PERSONAS.

María.
Isabel.
Don Melchor Macanáz.
El cardenal de Judice.
El marqués de Casa-Blanca.
Don Patricio Delgado.
Don Luis. } *Cortesanos.*
Benavente. } *Cortesanos.*
Mendoza. } *Cortesanos.*
Robledo. } *Cortesanos.*
Rugiero.
Un oficial de la guardia del rey.

La escena en Madrid por los años de 1712.

Este drama es propiedad del Sr. D. **Dámaso Aparicio**, el cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven la rúbrica de dicho señor.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon del palacio de Madrid con dos puertas en el fondo, una de las cuales conduce á la cámara del rey, la otra á la de la reina: dos laterales, la de la izquierda del actor comunica con lo interior del palacio: puerta secreta á la derecha del espectador.

ESCENA I.

BENAVENTE, ROBLEDO, MENDOZA.

BENAVENTE. Señores, no lo dudeis;
de Macanáz la privanza
es tan grande, que él tan solo
dirige á nuestro monarca.

MENDOZA. Pues anoche ya decian
que el Cardenal alcanzaba
sus pretensiones.

BENAVENTE. ¿Y acaso
creeis en esa bobada?
Mientras que Macanáz tenga
influencia en el alcázar,
no las logra.

MENDOZA. Para mí
es la oposicion mas rara;
y no puedo comprender,
por mas que pienso, la causa.....

BENAVENTE. Pues es cosa bien sencilla:
se opone á las leyes patrias
el que un estrangero sea
arzobispo en nuestra España,
y el Cardenal solo anhela
serlo de Toledo. ¡Nada!
La silla mas rica acaso

que en el mundo entero se halla.

MENDOZA. Aunque tan injusta sea
su pretension, él la alcanza.

ROBLEDO. ¿Teneis algunas noticias?

MENDOZA. Por supuesto, en confianza.....

BENAVENTE. Podeis tenerla, Mendoza.

MENDOZA. Grande intriga se prepara
contra Macanáz: anoche
como cierto se contaba
que de su puesto caia.

ROBLEDO. ¿Y quién ocupa su plaza?

MENDOZA. Este Robledo no escucha
nunca mas que la sustancia.

ROBLEDO. Es mera curiosidad.

MENDOZA. Ya lo entiendo: esta mañana
ha nombrado confesor
la reina.....

ROBLEDO. Apostara
á que ha sido al Cardenal.

MENDOZA. La cosa, Robledo, es llana.

ROBLEDO. (Es preciso visitarlo;
le van creciendo las alas
á este italiano maldito;
y aunque mucho no me agrada,
estamos en unos tiempos.....
que nada logra el que calla.)

MENDOZA. Aun otra noticia tengo
que daros.

ROBLEDO. ¿Es de importancia?

MENDOZA. Para nosotros no mucho.

BENAVENTE. ¿Y cuál es?

MENDOZA. Que está nombrada
de Macanáz la heredera.....

BENAVENTE. ¿El qué?

MENDOZA. De la reina dama.

BENAVENTE. ¿Y está en el palacio ya?

ROBLEDO. Mas de un mes hace que estaba.

BENAVENTE. Y por supuesto que tiene.....

ROBLEDO. Sí, el marqués de Casa-Blanca.....
Aqui viene: ya vereis
que os da de ello pruebas claras.

ESCENA II.

Dichos, el MARQUÉS.

ROBLEDO. ¡Adios, Marqués!
MARQUÉS. Caballeros.....
¿Puedo saber de qué tratan?
ROBLEDO. Ya sabeis, señor Marqués,
que nuestra amistad sagrada
jamás para vos secretos
de ninguna clase os guarda.
Estos señores decian
que mil peligros amagan
á Macanáz.
MARQUÉS. (¡Oh, Dios mio!)
Robledo, ¿me hablais en chanza?
ROBLEDO. No, que es probable que pierda
del rey Felipe la gracia.
MARQUÉS. Contadme, Robledo amigo.
ROBLEDO. ¿Conque esta nueva os agrada?
MARQUÉS. Siempre gustan las noticias,
y mas si de esa importancia.....
ROBLEDO. Pues señor, no lo dudeis,
que de esta fecha le arrastran.
MARQUÉS. (No hay duda, todo lo saben,
y de divertirse tratan.
Pero ¿y si acaso?.... Esploremos.)
ROBLEDO. ¿Conque vos no sabeis nada?
MARQUÉS. Yo, de cosas de palacio
nunca sé ni una palabra.
ROBLEDO. Pues, Marqués, hemos quedado
lucidos.
MARQUÉS. ¿Por qué os estraña?
ROBLEDO. Porque nadie saber debe
como vos cuanto aqui pasa.
MARQUÉS. (Yo no sé por qué me agita.....)
No os comprendo.
ROBLEDO. (*Aparte al Marqués.*) Reservada
debe ser doña María
cuando ignorais cosas tantas.

MARQUÉS. *(Aparte á Robledo.)* ¡Oh! Callad.
ROBLEDO. *(Aparte al Marqués.)* Estad tanquilo.
Señores, las diez señala
el reloj. ¿Venís conmigo?
BENAVENTE. ¿Adónde?
ROBLEDO. A ver una dama.
Buen Mendoza, se os convida,
y á vos, Marqués.
MARQUÉS. Os doy gracias.
MENDOZA. Yo no puedo acompañaros
mas que un rato. Me alegrara
poderlo hacer por mas tiempo,
pero asuntos de importancia.....
ROBLEDO. Pues vamos. (*Al Marqués.*) Buena fortuna.
MARQUÉS. (*A Robledo.*) Sed prudente: una palabra
indiscreta bien pudiera
salirnos á los dos cara.

ESCENA III.

EL MARQUÉS.

¡Cortesanos! ya se fueron.
¡Cuánto oyéndolos sufria!
¿Será verdad, ó mintieron
porque en mi rostro advirtieron
el vínculo que á él me unia?
No hay duda, no: trama horrible
al ministro hurdiendo estan.
El enemigo es terrible,
y el peligro es infalible
si no se destruye el plan.
Ese ambicioso estrangero
perderle tan solo intenta:
su tiro será certero,
porque es político artero,
y le tiene mucha cuenta.
Pero yo le avisaré,
y en esta red infernal
preso con él moriré,
ó con él me salvaré

destruyendo al Cardenal.
En ello la dicha mia
se cifra. ¡Te adoro tanto,
encantadora María!
Hasta mi vida daria
por evitarte un quebranto.
Pronto debe aqui llegar:
con impaciencia lo anhelo,
porque es morir esperar;
mas si bien logré escuchar.....
(Se asoma á la puerta y luego se retira.)
El es, sí.... ¡Gracias al cielo!

ESCENA IV.

El MARQUÉS, *y* MACANÁZ *que entra distraido con un papel en la mano sin reparar en él, hasta que el verso lo indique.*

MACANÁZ. Mucho me deben temer
cuando conspiran asi;
mas quiero el pliego romper;
que sus nombres conocer
indigno fuera de mí.
Cercado estoy de traidores;
pero desprecio su saña
y sus mezquinos rencores,
si provoca sus furores
mi fidelidad á España.
MARQUÉS. Pues no debeis despreciar.....
MACANÁZ. ¿Quién es? ¡Marqués! No creyera,
á no llegarlo á mirar,
que os pudiérais ocultar
junto á mí de esa manera.
Y os juro por la honra mia
que el papel es decoroso.
¡Todo un marqués ser espía!
¡Vaya! Dejad que me ria,
porque es el lance chistoso.
MARQUÉS. ¡Macanáz! Tal desvarío
no puede ser nunca ultraje
á un corazon como el mio.

De vuestra ofensa me rio.

MACANÁZ. Si os reís, es de coraje.

MARQUÉS. Me rio, porque esta vez
pienso que estais delirando:
y no conoceis ¡pardiez!
de mi pecho la altivez,
ni con quién estais hablando.
Y tal ultraje os perdona
mi corazon.

MACANÁZ. ¡Y hay paciencia!

MARQUÉS. La calma no me abandona
hoy la voz de mi conciencia.
Si pensais que con furor
he escuchado vuestro insulto,
mucho os engañais, señor:
yo de vos pienso mejor,
cuando á mi pecho consulto.
Escuchadme.....

MACANÁZ. ¿Qué?

MARQUÉS. Hay un hombre
que por vos velando está:
que esto os diga, no os asombre;
si hoy os oculta su nombre.....

MACANÁZ. ¡Cómo!

MARQUÉS. El tiempo os lo dirá.

MACANÁZ. ¿Pensais que de esa manera
en vos tendré confianza?
Ya veis que nada me altera.
Dejad, pues, esa quimera:
sé de la córte la usanza.
¿Esperais algo de mí?

MARQUÉS. Macanáz, sellad el labio.
¿Conoceisme?

MACANÁZ. Creo que sí.
Vuestro intento descubrí.

MARQUÉS. Tambien os sufro ese agravio.

MACANÁZ. ¡Lo sufrís!.... ¡Oh! Bien lo veo,
y que lo sufrís en vano.
¿Sabeis, Marqués, lo que creo?
Que por lograr su deseo,
¡Qué no sufre un cortesano!

MARQUÉS. Ahogándome está el furor.

Me voy, porque estais audaz.

MACANÁZ. ¿Teneis miedo?

MARQUÉS. ¡Por favor!....

MACANÁZ. Id en buen hora, señor.

MARQUÉS. Quedad con Dios, Macanáz. (*Vase.*)

ESCENA V.

MACANÁZ.

Asi sus años consumen,
de su decoro olvidados,
estos hombres degradados
que de nobleza presumen.
Desde la infancia mintiendo,
desde la infancia adulando,
su labio está acariciando,
mientras su alma aborreciendo.
Y en su necia mezquindad,
manchando sus altos nombres,
solo conservan de hombres
la vana esterioridad.
¡Insensatos! La nobleza
no consiste en los blasones.
En los grandes corazones
la virtud es la grandeza.
¿Mas quién se acerca?

ESCENA VI.

MACANÁZ, DELGADO.

DELGADO. ¡Señor!

MACANÁZ. ¿Por qué os deteneis, Delgado?
En que esteis siempre á mi lado
tengo un placer.

DELGADO. ¡Tanto honor!
Os doy gracias, y confio.....

MACANÁZ. Lo sé: nada me digais.

DELGADO. Si un corazon fiel ansiais,
podeis contar con el mio.

MACANÁZ. Lo que os oigo no me estraña,
Delgado, porque es de vos:
aunque es rara ¡vive Dios!
la gratitud en España.
Vamos, decid. ¿Puedo hacer.....
DELGADO. ¡Oh! Mi dicha en vos está.
MACANÁZ. Pues contaos dichoso ya.
DELGADO. No acierta el alma á creer
en tal fortuna, señor.
MACANÁZ. Asombrado me teneis.
Vamos, decid: ¿qué quereis?
DELGADO. (¡Oh, me abandona el valor!)
MACANÁZ. ¿Qué os sucede? No comprendo.....
DELGADO. Nunca de ello os quise hablar,
porque es mucho ambicionar
tal vez lo que yo comprendo.
Aqui, en el fondo del alma,
tengo una imágen querida,
que es la ilusion de mi vida,
la que me roba la calma.
MACANÁZ. Confundido estoy, Delgado:
y pienso cuando asi hablais,
que, si es que loco no estais.....
DELGADO. ¿Qué?
MACANÁZ. Estareis enamorado.
DELGADO. Sí..... ¡Perdonadme, señor!
Quizás loco, al alto cielo
osé levantar el vuelo
en mi delirante amor.
Y olvidado de mí mismo
con delirios seductores,
acaso vestí de flores
las paredes de un abismo.
Escuchad: el alma mia
solo abriga una ilusion:
y si late el corazon.....
es.....
MACANÁZ. Acabad.
DELGADO. Por María.
MACANÁZ. ¡Cómo! Mi hija.....
DELGADO. ¡Qué! ¿Os altera?
MACANÁZ. ¡Ah! No por cierto, Delgado.

DELGADO. Si mi amor os ha enojado.....
MACANÁZ. No: de ninguna manera.
Vos mi estado no ignorais,
y no debeis estrañar
que no quiera separar
á mi hija de mí.
DELGADO. ¡Rehusais!
¡Bien el pecho presentia!
MACANÁZ. No quiero apartarme de ella,
porque es en mi triste estrella
mi único bien la hija mia.
Y aunque en las gradas del trono,
ministro del rey me asiento,
en una hora, en un momento,
podrá perderme el encono.
Y entonces mi hija querida.....
la que tanto idolatrais.....
Desgraciada.....
DELGADO. Me injuriais.
¿Podreis vos.....
MACANÁZ. No por mi vida;
pero esta cuestion dejemos.
Delgado, pensadlo mas.
Si tanto la amais, quizás.....
En fin, allá lo veremos.
DELGADO. ¡Ah! Ya lo entiendo, señor.
Es verdad; no lo creia.
MACANÁZ. ¿Qué?
DELGADO. Que ya tiene María.....
MACANÁZ. Esplicaos, ó mi furor.....
DELGADO. Sí, sí: todo os lo diré.
Ese Marqués..... ese hombre.....
¡Al fin puede darla un nombre!
MACANÁZ. Acabad.
DELGADO. Me esplicaré,
pues que tanto os interesa.
Él.....
MACANÁZ ¿Qué?
DELGADO. Su esposo será:
y aunque feliz no la hará,
al menos, la hará marquesa.
Es natural: no me ofendo:

yo un corazon la ofrecia;
pero vale mas Maria.....
¡Un marqués! ¡Ya lo comprendo!

MACANÁZ. ¡Insensato! Habeis podido
ofenderme, y os perdono:
mas temed mi justo encono.
Jamás ambicioso he sido.
Y aunque probaros pudiera
que es falso, me conoceis:
satisfaccion no espereis:
dárosla yo, mengua fuera.
Sois muy jóven: reparad
cuando hableis, lo que decís,
y eternamente un mentís,
mas que á la muerte temblad.
¿Bajais los ojos.....

DELGADO. Sí, sí:
por el amor fascinado.....

MACANÁZ. Mucho me habeis enojado.

DELGADO. Perdonad si os ofendí.
¿Mas, señor, accedereis?

MACANÁZ. Sí: tal vez; pero no hableis,
Delgado, por hoy mas de eso.

DELGADO. ¡Por favor! Otra palabra
os ruego que pronuncieis,
y con ella solo hareis
que el paraiso se me abra.

MACANÁZ. ¡Necio estais! Por imprudente
escitásteis mi furor
hace poco.

DELGADO. ¡Yo!.... ¡El amor.....

MACANÁZ. Sois demasiado exigente.
Esperad.....

DELGADO. Acaso.....

MACANÁZ. Pues,
para que tranquilo esteis,
sabed que siempre sereis
para mí mas que el Marqués.

DELGADO. Cuanto soy, lo debo á vos.
Pero..... ¿podré ya esperar?

MACANÁZ. Ya no os quiero contestar.
Delgado, que os guarde Dios. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DELGADO.

No está mi alma tan cautiva,
que entender no me dejara,
al decirme que esperara,
su encubierta negativa.
Macanáz es orgulloso:
piensa que yo poco valgo.....
y ambicionará un hidalgo
para ser de su hija esposo.
Errado el cálculo sale
si tal piensa; que quizás
he de valer yo algo mas
que el altivo Marqués vale.
Pero tal vez me equivoco.
¡Si de veras me hablaria!
Bien que para mí Maria
supone bastante poco.
No me llevó el corazon
á demandarle su mano.....
Si enamora un cortesano,
es solo por ambicion.
Y es muy justo proceder
este que á todos me iguala:
en ella he visto una escala
para subir al poder.
En brillante posicion
me encuentro. ¡Yo soy audaz!
¡Oh! La hija de Macanáz
es un soberbio escalon.
Qué mayor ventura quepa,
mi pensamiento no alcanza.
Ya me alienta una esperanza.
¡Silencio! Nadie lo sepa.

ESCENA VIII.

DELGADO *y el* CARDENAL, *que ha oido los últimos versos.*

CARDENAL. No es tiempo ya.
DELGADO. (¡Me he perdido!)
¿Quién sois vos, que por mi mal
hasta aqui llegado habeis?
¿Puedo saber.....
CARDENAL. Ya me veis.
DELGADO. (¡Oh cielos! ¡El Cardenal!)
Y bien: ¿qué buscais?
CARDENAL. A vos.
DELGADO. ¿A mí? Sin duda..... no sé.....
un error....
CARDENAL. Ya os lo diré:
salgamos de aqui los dos.
DELGADO. No, no puedo: yo aqui espero.....
CARDENAL. Sé tambien lo que esperais;
y es fuerza que me sigais.
Os conviene.
DELGADO. Caballero,
os seguiré si os agrada.....
CARDENAL. Seguidme, que gente viene.
Os repito que os conviene.
DELGADO. Vuestra palabra.....
CARDENAL. Es sagrada. *(Vánse.)*

ESCENA IX.

MARÍA, ISABEL.

MARÍA. Isabel, estamos solas.
ISABEL. Pero, ¿qué tienes, María?
Tu palidez..... ese llanto,
que mucho sufres me indican.
Vamos, dí.
MARÍA. ¡Soy desgraciada,
Isabel!

ISABEL. ¡Tú, pobre amiga,
habla, por Dios!
MARÍA. Ya se han roto
los lazos que al mundo unian
mi existencia. Tú lo sabes,
lo sabes, Isabel mia.
Un año de amor entero
con sus penas, sus delicias,
jamás del pecho se borra,
si es el primero en la vida.
Por el Marqués, por él solo,
mis ojos, Isabel, miran;
por él solo piensa el alma;
por él mi pecho respira;
y cuando el corazon late,
es porque él dentro se agita.
ISABEL Y él, que tanto te idolatra.....
dignos sois los dos de envidia.
MARÍA. Es verdad, hace un momento
era envidiable mi dicha;
mas ya todo lo he perdido.
ISABEL. ¿Qué dices?
MARÍA. No sabes, mira:
me ha envenenado mi padre
el alma..... ¿Lo creerias?
Él, que tanto me adoraba,
me ha dicho: «Pronto, hija mia,
serás esposa del hombre
que mi afecto te destina.»
ISABEL. ¿Y quién es?
MARÍA. Su secretario.
Y ahora, Isabel, dí: ¿me envidias?
No he podido contestarle:
mis palabras se perdian
antes de salir del labio.
¡Oh, qué hacer!
ISABEL. ¡Pobre María!
MARÍA. Dame, por Dios, un consejo,
que del corazon la herida
y este dolor que aqui siento
pueda mitigar.
ISABEL. A dicha

tuviera yo consolarte
de esa pena que te agita.
Mas tu padre.....

MARÍA. Ha marchado
al momento.

ISABEL. Pero el dia.....

MARÍA. El de mi muerte será,
no lo dudes, si se obstina,
que renunciar no es posible
á ilusiones tan queridas.
Yo, del Marqués solamente
puedo ser mientras que viva.
Pero..... si mal no he escuchado.....
Alguien viene.

ESCENA X.

Dichas, el MARQUÉS.

MARQUÉS. ¡María!

MARÍA. ¡Vuelve, Marqués, á mi lado!

MARQUÉS. Sí, ya lo ves, vida mia.

MARÍA. Isabel, solo un momento.....

ISABEL. Te comprendo, allí estaré.

MARÍA. Si alguien viene á este aposento.....

ISABEL. Descuida, te avisaré.....

MARQUÉS. Aqui, á mi hermosa buscando,
llegué en alas de mi amor.
Mas, ¿qué tienes?

MARÍA. ¡Por favor!....

MARQUÉS. ¿Qué tienes, que estás llorando?
¿Qué puede causarte enojos,
encantadora muger?
¿Por qué asi miro correr
las lágrimas de tus ojos?
¡Oh, María! son tan bellos,
que envidia le tengo al suelo,
porque de él formas un cielo,
matizándolo de estrellas.
Habla, dí: ¿qué sentimiento
anubla tu hermosa faz?

MARÍA. Es una pena voraz
que dentro del pecho siento.
Yo te quisiera decir.....
Pero, no lo sepas, no.
MARQUÉS. ¿No podré aliviarla yo?
MARÍA. Puedes, como yo, sufrir.
MARQUÉS. No sé de qué hablas, María:
esplícame por tu amor.....
MARÍA. ¡Es tan intenso el dolor
que atormenta el alma mia!
Sabes que con tierna fé
esta mano te ofrecí,
y que vivir para tí
eternamente juré.
MARQUÉS. Y bien..... ¿qué impide?....
MARÍA. No puedo.....
MARQUÉS. Por Dios, acaba de hablar.
MARÍA. No puedo mas que llorar.
MARQUÉS. Dí, María.....
MARÍA. ¡Oh, tengo miedo!
MARQUÉS. No aumentes mi confusion.
¡Ah, quieres desesperarme!
MARÍA. Marqués, quieren arrancarme
tu imágen del corazon!....
MARQUÉS. ¡Dónde está el osado, dónde!
Su nombre al punto.
MARÍA. ¡Ay de mí!
MARQUÉS. ¿Quién es el que intenta? Dí:
quiero saberlo; responde.
Por el alma de tu madre,
que calmes mi agitacion.
MARÍA. Óyeme, y ten compasion.
MARQUÉS. ¿Pero quién es?
MARÍA. Es..... mi padre.
MARQUÉS. ¡Tu padre!..... Bien lo pensé.
¡Hasta á tí su enojo alcanza!
Y bien, tú.....
MARÍA. Ten confianza:
tuya, ó de nadie seré.
MARQUÉS. No sé en qué funda su agravio.
¿Y á quién tu mano concede?
MARÍA. Marqués, su nombre no puede

salir jamás de mi labio.

MARQUÉS. ¿Por qué en callar tal empeño?
María, ese hombre fatal.....

MARÍA. ¡Oh! Para ser tu rival
es un hombre muy pequeño.

MARQUÉS. ¡Gracias! ¡Oh, ven á mis brazos!
Tú haces dichosa mi suerte.

MARÍA. Sí, Marqués, solo la muerte
puede romper estos lazos.

MARQUÉS. Bendiga el cielo tu acento,
que amor y dicha respira.
¿Quién, hermosa, te lo inspira?

MARÍA. Tu imágen, que aqui la siento.

MARQUÉS. ¡Y aun intentan separarnos!
Pero no lo alcanzarán,
no: nuestras almas estan
formadas para adorarnos.
Dios lo quiso, y solo puede
romper nuestro amor su mano.
El hombre lo intenta en vano;
eso á sus fuerzas escede.
Pero acaso en ese Eden
soñando estamos, María.

MARÍA. Há un instante, el alma mia
eso pensaba tambien.
Cuando mi padre me habló,
sentí el corazon helado;
pero al verte ha recobrado
todo el brio que perdió.

MARQUÉS. Sigue, sigue, vida mia;
tú disipas mis temores,
y haces brotar bellas flores
do solo espinas habia.
Me abandonó la esperanza;
pero solo fue un momento.
Con la mágia de tu acento
se dobla mi confianza.

MARÍA. Véte; mi padre vendrá.

MARQUÉS. Estos instantes dichosos
vuelan ¡ay! tan presurosos.....

MARÍA. Nuestra angustia cesará.

ISABEL. Alguno se acerca aqui.

MARÍA. Mi sospecha no fúe vana.
MARQUÉS. ¿Cuándo te veré?
MARÍA. Mañana.
ISABEL. Venid, vamos por allí.

ESCENA XI.

MACANÁZ, *el* CARDENAL.

MACANÁZ. Aqui podemos, señor,
con toda franqueza hablar.
CARDENAL. ¿Quereis silla?
MACANÁZ. ¡Tanto honor!
Esta dignaos aceptar.
CARDENAL. Mi obsequio pagado queda.
¿No quereis deberme nada?
MACANÁZ. Ya sabeis lo que me agrada
pagar en igual moneda.
CARDENAL. Tengo una nueva que daros.
MACANÁZ. ¿Puedo saber.....
CARDENAL. Sí en verdad:
que de mi grande amistad
satisfecho ha de dejaros.
De vuestra virtud prendado
al Pontífice escribí;
que os honrara le pedí,
y este breve me ha mandado.
En él, como vos vereis,
escribió su santa mano.....
Por vuestro celo cristiano
os honra cual mereceis. (*Le da un pergamino.*)
(Pronto en su rostro veremos
este ardid qué efecto tiene.)
MACANÁZ. (Muy prevenido se viene.
De iguales armas usemos.)
Os doy gracias: tambien yo
de vos al monarca hablé;
y que me diera alcancé
este pliego, que firmó.
En él, como vos vereis,
por lo bien que habeis obrado

siempre en favor de su Estado,
os honra cual mereceis. (*Le da un pliego.*)

CARDENAL. (Escelente jugador!
Siempre obra con tanto tino.)

MACANÁZ. (Echad por otro camino,
porque ese no es el mejor.)

CARDENAL. (Hablarle claro es forzoso.
Y si se niega, yo haré.....)

MACANÁZ. (Lo que he de pensar no sé
de este estrangero ambicioso.)

CARDENAL. Vuestra memoria agradezco;
y un señalado favor
he de pediros.

MACANÁZ. ¡Señor!
Complaceros apetezco,
si no se opone á la ley.

CARDENAL. (En guardia se va poniendo.)

MACANÁZ. Y en ello no padeciendo
ni mi honor ni el de mi rey.

CARDENAL. (¡Audacia! Estoy prevenido,
y el fin de esto no me aterra;
porque en el caso de guerra
no he de quedar yo vencido.)
De Toledo está vacante
la silla, hace algunos años;
y por este y otros daños
la Iglesia sufre bastante.
Vos, Macanáz, conoceis
que remediarlos es justo.

MACANÁZ. Os juro que me da gusto
el que de ese modo hableis.

CARDENAL. (Vamos, que esto no va mal.)
Conque ya contar podemos
con vuestra ayuda.

MACANÁZ. Veremos.....
quién se elige cardenal.
Yo tengo grande interés.....

CARDENAL. Huérfano el arzobispado.....

MACANÁZ. Sí: necesita un prelado.....
Quién será, la cuestion es.

CARDENAL. La reina me lo ha ofrecido;
y espero que vos.....

MACANÁZ. ¡Oh! Siento
causaros este tormento;
mas vana su oferta ha sido.
CARDENAL. ¡Cómo! La oferta real.....
MACANÁZ. En Castilla es mas la ley.
CARDENAL. Os engañais, porque el rey.....
MACANÁZ. No me engaño, Cardenal.
Los códigos de la España,
quizás para vos severos,
escluyen los estrangeros.
CARDENAL. (¡Oh, me devora la saña!)
Si un monarca eso mandó,
derogarlo otro podria.
MACANÁZ. Tal atentado no haria,
aconsejándole yo.
CARDENAL. ¿Atentado le llamais?
MACANÁZ. Y vos se lo llamareis,
si la historia conoceis
del pais en donde estais.
Escuchad sin prevencion.
(No le va mucho gustando.)
CARDENAL. (Hace tiempo estoy luchando
por tener mi indignacion.)
MACANÁZ. El conde de Trastamara
quiso la hazaña premiar
del que á su hermano á matar
allá en Montiel le ayudara.
CARDENAL. (Ya resistirle no puedo.)
MACANÁZ. Y á un sobrino que tenia,
hacer, tenaz pretendia,
arzobispo de Toledo.
Él pudo un reino quitar,
aunque en lid mala, á su hermano;
pero este empeño fue vano;
nunca lo pudo lograr.
Que en Córtes el reino entero
contra Enrique el grito alzó,
y la eleccion anuló,
Cardenal, del estrangero.
Cárlos primero de España
darlo á un flamenco intentó:
tambien el reino se alzó,

y el héroe temió su saña.
Ambos á dos, sábios reyes,
las costumbres respetaron,
y á sus pueblos les dejaron
en paz sus antiguas leyes.
El mismo Cárlos despues,
y os fijad muy bien en esto,
hizo Papa á Adriano sesto.
Ya veis que mas fácil es
daros el pontificado,
y aun quizás el mundo entero,
que daros, siendo estrangero,
en España un obispado.

CARDENAL. Os comprendo; y no ignoraba
que solo vos estorbais.....

MACANÁZ. Con eso mucho me honrais.....
Menos de vos no esperaba.

CARDENAL. Pero os ruego no olvideis
que he de conseguirlo yo.

MACANÁZ. Os aseguro que no.
Cardenal, no lo espereis.
Lo que reyes no alcanzaron,
¿quereis alcanzarlo vos?
Dejadlo, señor, por Dios:
lograreis lo que lograron.
Piensa España de ese modo,
y ¡qué remedio! paciencia,
si no puede su Eminencia.....

CARDENAL. Lo puedo, Macanáz, todo.
Y os habeis de arrepentir.....

MACANÁZ. ¿De qué, señor?

CARDENAL. De oponer
vuestro influjo.

MACANÁZ. Puede ser.

CARDENAL. ¿Os reís?

MACANÁZ. ¡No he de reir!

CARDENAL. Veremos quién vence.

MACANÁZ. ¡Yo!

CARDENAL. Es un reto. ¿No es verdad?

MACANÁZ. Como gusteis.

CARDENAL. Reparad.....

MACANÁZ. Que vos que sí, y yo que no.

CARDENAL. Pues temed el resultado.
MACANÁZ. ¿Sois quizás algun Atila?
Mi conciencia está tranquila:
no debo tener cuidado.
CARDENAL. Esa calma hasta es audaz.
¿No temeis la furia mia?
MACANÁZ. Tengo yo un alma muy fria.
CARDENAL. Yo de fuego, Macanáz.
MACANÁZ. ¡Un alma de fuego vos!
¡Padre..... me habeis asombrado!....
CARDENAL. (¡Vaya un español osado!)
MACANÁZ. (¡Vaya un ministro de Dios!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA I.

MENDOZA, BENAVENTE, ROBLEDO, DON LUIS, DELGADO.

MENDOZA. ¿No os lo dije? Ya se han roto
las hostilidades.
BENAVENTE. ¡Ea!
ya veremos en qué para.
ROBLEDO. Pero ¡qué cuentos se inventan
en esta maldita córte!
Aun lo que los ojos vean
preciso es dudar.
MENDOZA. Delgado,
decidnos vos.....
DELGADO. Ni una letra
espereis saber de mí.
MENDOZA. ¡Cómo!
DELGADO. Que no me interesa,
ni en pro, ni en contra, Mendoza,
lo que en palacio suceda.
(*Delgado habla aparte con don Luis hasta el fin de esta escena.*)
ROBLEDO. Ya lo veis, nadie lo sabe:
por fin, como cosa nueva.....
BENAVENTE. Para mí tambien es raro,
no porque yo no lo crea
posible, mas saben mucho
para obrar de tal manera.
ROBLEDO. Palabras solo serian,
no declaracion de guerra.
Mendoza quiere reir

esta noche á costa nuestra.

MENDOZA. No, señores; es tan cierto,
y tengo yo tales pruebas.....

ROBLEDO. Puede ser; pero lo dudo.

MENDOZA. Pues eso raya en rareza.

ROBLEDO. Para broma es ya bastante.

MENDOZA. ¡Se verá cosa como esta!
Cuando os digo que lo sé.

BENAVENTE. ¿Y por quién?

MENDOZA. Por la princesa
de los Ursinos.

ROBLEDO. Entonces.....
puede ser que yo lo crea;
mas, sin embargo, Mendoza.....

MENDOZA. Señores, vamos á verla.

(*Vanse todos, menos Delgado y don Luis.*)

ESCENA II.

DELGADO, DON LUIS.

LUIS. ¿Es verdad eso, Delgado?
Tened conmigo franqueza:
Ya sabeis que entre nosotros.....

DELGADO. No gasto con vos reserva.

LUIS. Nuestra amistad.....

DELGADO. ¡Pues es claro!

LUIS. Ademas, que estas escenas
se ven ya tan á menudo,
que son en la corte viejas.

DELGADO. Pues, señor, he recibido
de Macanáz una ofensa
tan grande, que á no tocarla,
os juro no la creyera.

LUIS. Pero ¿qué ha sido? Sepamos.....

DELGADO. Es una cosa muy séria.
Ya sabeis, don Luis, que su hija
tiene tan brillantes prendas.

LUIS. Y ademas influencia grande.

DELGADO. No señor, de su influencia
yo no me pagué: lo afirmo.

LUIS. ¿Y qué de estraño tuviera?
DELGADO. ¡Ya!
LUIS. Los hombres como vos
justo es que caros se vendan.
DELGADO. Si tan buen humor teneis,
vais á hacer que me arrepienta.
LUIS. No os diré nada, seguid.
DELGADO. Perdido de amor por ella,
pedí á Macanáz su mano.....
LUIS. Y os negó..... ¡Quién no lo espera!
DELGADO. Por el contrario, don Luis;
me dió esperanzas tan buenas.....
LUIS. ¡Y os engañó! Esas hazañas
en Macanáz no son nuevas.
DELGADO. ¡Qué poco le conocia!
Maldiga Dios mi torpeza;
aunque no me dijo: es tuya,
obró con tanta cautela.....
LUIS. Asi, con medias palabras.....
DELGADO. ¡Pues!
LUIS. Su política es esa.
DELGADO. Que no ignoraba, le dije,
las relaciones secretas
que con el Marqués la unian;
y entonces, como una fiera,
me llamó necio, insensato.....
La rabia, don Luis, me ciega.
LUIS. ¡Y era verdad!
DELGADO. ¡Por supuesto!
Un ángel que por mí vela
al Cardenal en mi ayuda
mandó.
LUIS. La ayuda era buena.
¿Y qué os dijo?
DELGADO. Cuáles eran
de Macanáz los intentos.
LUIS. ¡Engañaros!
DELGADO. Su destreza
de poco le ha de servir:
yo he de vengar esta ofensa.
LUIS. Pues yo tambien he de hacerle
que mas tolerante sea.

(Ganemos su voluntad,
por lo que suceder pueda.)

DELGADO. Tambien á vos.....

LUIS. Me ha quitado
mi porvenir, tal tristeza
causándome, que no sé
cuándo á mi alegre humor vuelva.
Escuchad: hace algun tiempo
que pretendí de la reina,
nada mas que por viajar,
la embajada de Venecia.

DELGADO. ¿Y él se opuso?

LUIS. Sí; se opuso
cuando ya la córte entera
alegrándose, por ello
me daba la enhorabuena.

DELGADO. ¡Yo un desprecio semejante!....

LUIS. Es mayor de vos la ofensa.

DELGADO. Tambien será mi venganza
mucho mayor que la vuestra.

LUIS. Con el Cardenal unidos.....
(Si por aqui consiguiera.....)

DELGADO. Mirad; está ya perdido.

LUIS. ¿Quién? Macanáz.....

DELGADO. No os sorprenda.
Hemos formado una intriga,
y de seguro le cuesta
á mas del puesto.....

LUIS. Decid.

DELGADO. ¡Oh! No es posible: alguien llega.

LUIS. Pero ¿cuándo me direis?....

DELGADO. Mañana.

LUIS. Yo entraré en ella.

ESCENA III.

Dichos, el CARDENAL.

CARDENAL. Bendígaos Dios, caballeros.

LUIS. (¡Qué serio viene!)

DELGADO. Señor.....

recibid de nuestro amor
los votos mas lisongeros.

CARDENAL. (*A Delgado.*) (Tengo que hablaros.)

DELGADO. Don Luis,
mi franqueza perdonad.

CARDENAL. (*A Delgado.*) (He de deciros.)

DELGADO. Hablad.

LUIS. Lo haré como lo exigís.

ESCENA IV.

Dichos, menos DON LUIS.

CARDENAL. ¿Está el libro?

DELGADO. Escrito está.
Toda la noche he velado.....

CARDENAL. ¿Y al fin lo habeis acabado?
El premio grande será.

DELGADO. No es el premio lo que anhela,
Cardenal, mi corazon:
solo una satisfaccion.....

CARDENAL. Poco, Delgado, os consuela.
Vamos, tomad.

DELGADO. ¿Qué me dais?
¡Dinero! No es lo que pido.
Me habeis, señor, ofendido.
Tomad.

CARDENAL. ¡Qué! ¿Lo despreciais?

DELGADO. Si por ello os agravié.....

CARDENAL. No; mas guardad la cartera.

DELGADO. Os doy gracias; y quisiera
yo probaros.....

CARDENAL. Ya lo sé.
Pero el libro ¿qué contiene?

DELGADO. Lo que el vuestro, Cardenal:
injurias al poder real
y á la Iglesia.

CARDENAL. Nos conviene
dar el golpe en el momento;
si Macanáz se enterara,
es fácil que se llevara

toda nuestra intriga el viento.

DELGADO. El rey, cuando el libro vea.....

CARDENAL. No temais el resultado.

DELGADO. Contaremos.....

CARDENAL. Por contado.
Hará lo que se desea,
al escuchar la voz mia.

DELGADO. ¡Le quiere tanto!

CARDENAL. Pero es
el rey de España francés;
con facilidad varía.
Guardad, pues, el borrador
donde bien seguro esté.

DELGADO. La órden vuestra cumpliré:
estad tranquilo, señor.

CARDENAL. Y el libro que ha de servir,
¿adónde está?

DELGADO. Lo he dejado
en casa.

CARDENAL. ¡Se os ha olvidado!

DELGADO. Por él puedo al punto ir.

CARDENAL. Sí, sí: aligerad el paso:
la tardanza.....

DELGADO. Ya os comprendo.

CARDENAL. Marchad, marchad.

DELGADO. Voy corriendo.

CARDENAL. Este imprevisto fracaso
tal vez nos pierda.

DELGADO. Yo infiero
que aun puede evitarse el mal.
¿Dónde esperais, Cardenal?

CARDENAL. Corred, corred: aqui espero.

ESCENA V.

EL CARDENAL.

La culpa es suya: la paz
que le ofrecí, no ha querido:
y con empeño tenaz.....
¡Oh! Ya verás, Macanáz,

quién de los dos es vencido.
El despecho y la ambicion
me lanzan en tu camino:
tengo aqui tu acusacion,
y me sobra corazon
para torcer tu destino.
Pensaste que me arredraban
tus amenazas..... ¡Menguado!
Ellas mas fuerza me daban,
cuando el alma me punzaban,
como un dardo envenenado.
Mas dejemos tal locura:
la razon se me estravía,
porque el corazon me augura
la tan ansiada ventura
de gozarme en tu agonía.
Todo está bien meditado;
y ese libro que escribí,
me dará el arzobispado,
que fue mi ensueño dorado
desque de Italia salí.
El medio seguro es,
y el éxito no me inquieta:
ya tengo el libro: despues.....
Mas..... viene con el Marqués;
y yo..... ¡Ah! la puerta secreta. (*Entra por ella.*)

ESCENA VI.

MACANÁZ, *el* MARQUÉS.

MACANÁZ. Cansado estais: perdonad,
si de esta manera os hablo.
MARQUÉS. Siempre injusto sois conmigo.
No sé en qué pude enojaros.....
Escuchad.
MACANÁZ. Tengo que hacer.
(¡Oh qué posma!) Y será en vano
todo lo que me digais.
Ya os dije: mi secretario
será el esposo de mi hija.

Yo no puedo hablar mas claro:
ademas, que ya sabeis.....
si no lo habeis olvidado,
que esa union es imposible.
Recordad, Marqués.....

MARQUÉS. Pasaron
vuestros insultos anoche,
para nunca recordarlos;
y esa es la prueba mas cierta
de lo mucho que yo la amo.
Cuando hasta vos he venido,
es, señor, porque me abraso
en el fuego de sus ojos;
y si, al pediros su mano,
unirme con vos queria
con vínculos tan sagrados.....
¿podré ser vuestro enemigo?
Macanáz, reflexionadlo.
Si los males que os amagan
he querido revelaros,
y con prevencion estraña
me habeis, señor, escuchado
como si fuera yo alguno
de esos viles cortesanos,
que cual aves de rapiña
circundan este palacio,
de distinciones y empleos
sus corazones avaros,
señor, la culpa no es mia,
y soy con vos desgraciado.

MACANÁZ. Bien haceis vuestro papel,
Marqués: os estais portando.
¿Quereis por tan bello medio
complacer á vuestros amos,
y convertir en espía
á mi hija tambien?

MARQUÉS. ¡Oh!

MACANÁZ. ¡Bravo!

MARQUÉS. No caben tales bajezas
en un noble castellano;
y solo por ser quien sois
os sufro yo tal agravio,

siendo español caballero,
y espada al cinto llevando.

MACANÁZ. ¡Perfectamente, Marqués!

MARQUÉS. ¿Lo dudais?

MACANÁZ. ¿No he de dudarlo?

MARQUÉS. Pues bien; basta ya: algun dia
quizás podré yo probaros
que el corazon que aqui late
desconoce esos amaños.
Demos treguas á mi amor;
es forzoso: mas en tanto
no olvideis que os amenazan
grandes peligros, y acaso
hasta será vuestra vida.....

MACANÁZ. ¡Qué!

MARQUÉS. De sus tiros el blanco.

MACANÁZ. Nada en el mundo me arredra;
y os habeis mucho engañado,
si pensais que de ese modo.....

MARQUÉS. Nada pienso. Conservadlo,
Macanáz, en la memoria.

MACANÁZ. El escudo de mis actos
es mi conciencia: no temo
nada, Marqués.

MARQUÉS. A enojaros
con mis palabras, señor,
jamás volveré yo en vano.
Si algun dia me presento,
no direis que es á espiaros. *(Se va.)*

ESCENA VII.

MACANÁZ.

¡Si tendrá razon este hombre!
¡Pero qué! Son cortesanos,
y solo saben mentir.
Aunque tal vez..... no es estraño
que el Cardenal..... Veré al rey
en concluyendo el despacho. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DELGADO *que habrá oido los últimos versos : poco despues el* CARDENAL.

DELGADO. ¡Los dos aqui! ¡Ira del cielo!
Mis propios ojos lo han visto.
¡Oh, no sé cómo resisto
un insulto tan atroz.
(*Viendo salir al Cardenal por la puerta secreta.*)
Señor..... ¿Lo habeis escuchado?
CARDENAL. Nada nuevo: lo que os dije.
DELGADO. Esto, Cardenal, exige
una venganza feroz.
CARDENAL. La tendremos; os lo juro.
¿Adónde está el libro?
DELGADO. Aqui. (*Se le da.*)
CARDENAL. (*Ojeándolo.*) Perfectamente, asi, asi.
¡Gigante, estás á mis pies!
Aunque el infierno te ayude,
Macanáz, la lucha es mia;
yo perderte no queria,
pero ya preciso es.
Sí; ya se acerca el momento
de rendir á ese coloso
que osó necio y orgulloso
su vuelo junto á mí alzar.
¡Aguila altiva! Tus alas
de fuerza jamás rendidas,
tienen ya sangrienta herida,
ni aun te pueden sustentar.
¡Ay de tí, tiembla, insensato!
¿No oyes rugir en tu frente
la voz ruda y prepotente
de cercana tempestad?
En su torbellino envuelto,
que fiera te arrastre haré,
y gozoso te veré
implorando mi piedad.
¡Piedad de tí! No la esperes:

tú mi esperanza has torcido,
y sus sueños has querido
arrancar al corazon.
Tus palabras, tus desprecios,
aquel tono amenazante,
los tengo siempre delante,
y mis pesadillas son.
El medio es bueno.....

DELGADO. Sí á fe.
Nadie esta trama penetra,
pues nunca escribe una letra
por sí mismo Macanáz.

CARDENAL. ¿Cierto?

DELGADO. En todos sus escritos
él de mi mano se vale.

CARDENAL. Si este ardid bien no nos sale.....

DELGADO. Tan seguro es como audaz.

CARDENAL. Si el rey ve que es vuestra mano,
¿no tendrá desconfianza?....

DELGADO. Sabe el rey la confianza
que Macanáz tiene en mí.
¿Acaso dudais ahora?

CARDENAL. ¿Yo dudar? Nunca, Delgado;
el valor no me ha faltado:
por eso el libro escribí.
Mas no sabeis cómo agrada
ver pensar del mismo modo.

DELGADO. Con el vuestro acorde en todo
mi corazon siempre está.
Tanta fe mi escrito hace,
que si él mismo lo escribiera,
mas seguridad no hubiera;
nadie dudarlo podrá.

CARDENAL. ¡Oh, Delgado! En esta empresa
que mi despecho me inspira,
todo en pro nuestro conspira,
y todo nos sale bien.
¿No anhelais vos la venganza?
¿Comprendeis vos mi agonía?

DELGADO. Midiéndola por la mia
la comprendo yo tambien.

CARDENAL. Dejadme solo, Delgado:

ver al rey al punto quiero;
que el tiempo corre ligero,
y es preciso aprovechar.....

DELGADO. ¿Podré veros despues?

CARDENAL. Sí;
veros luego me interesa.

DELGADO. (*Al salir.*) (Si nos sale mal la empresa
me va el despecho á matar.)

ESCENA IX.

El CARDENAL.

Él me retó; su altivez
no rinde á la altivez mia:
yo os venceré, me decia.
Macanáz..... será otra vez.
El orgullo de tu rey
este libro exaltará,
y mal que te pese, hará
que te condene la ley.
Astucia y meditacion:
en ganarte la partida
acaso me va la vida;
no me vendas, corazon.

ESCENA X.

Dicho, el MARQUÉS *que entra cuando el* CARDENAL *se dirige á la cámara del rey.*

CARDENAL. ¿Vos aqui?

MARQUÉS. Sí; como vos.

CARDENAL. ¿Qué buscais?

MARQUÉS. ¿Os interesa?

CARDENAL. Os digo que no me pesa
el veros.

MARQUÉS. Ni á mí, por Dios.

CARDENAL. Marqués, estais pensativo.

MARQUÉS. Y vos tambien, Cardenal.

CARDENAL. ¡Yo pensativo! No tal.
MARQUÉS. Al menos teneis motivo.
CARDENAL. ¡Yo!
MARQUÉS. Sí; vuestra pretension
parece que se ha frustrado.
CARDENAL. Y á vos os han desbancado,
Marqués, en vuestra pasion.
MARQUÉS. ¡Cardenal!
CARDENAL. ¿Qué? Me engañé.....
MARQUÉS. Acaso os equivocais.....
CARDENAL. Poca prevision me dais,
Marqués; mas todo lo sé.
¿Habeis visto á Macanáz?
MARQUÉS. Yo no le busco, á fe mia.
CARDENAL. Sé que buscais á María.
No se os inmute la faz.
MARQUÉS. Muy tranquila está mi frente.
CARDENAL. No quereis que os acompañen.....
MARQUÉS. En cosas que asi me atañen
nunca tuve un confidente.
CARDENAL. Vuestro rostro os es infiel,
y descubre la verdad.
MARQUÉS. Puede que.....
CARDENAL. Con Dios quedad.
MARQUÉS. Cardenal, id vos con él.

ESCENA XI.

El MARQUÉS.

Insolente estuvo asaz:
mucho es de temer su ira.
Contra Macanáz conspira;
mas vencerá Macanáz.

ESCENA XII.

El MARQUÉS, MARÍA.

MARÍA. Ha tiempo que te esperaba,
Marqués, con grande impaciencia.

¿Con quién hablabas?

MARQUÉS. Acaba
de dejarme su Eminencia.

MARÍA. ¿Has visto á mi padre?

MARQUÉS. Sí:
¡y ojalá que no le viera!

MARÍA. ¡Cómo!

MARQUÉS. Le he hablado de tí.

MARÍA. ¿De mí? ¿Y qué.....

MARQUÉS. De tal manera
contestó á mi pretension,
que bien conozco, María,
que en mí sospecha traicion.

MARÍA. No conoce tu hidalguía.

MARQUÉS. No: cercado de traidores,
confunde á los que le venden,
serviles aduladores,
con los que asi le defienden.

MARÍA. Si ha sido injusto contigo,
perdónale por mi amor.

MARQUÉS. Contra tu padre no abrigo
dentro del pecho rencor.
Que á pesar de que inhumano
me habló con adusto ceño,
diciéndome que tu mano
la destinaba á otro dueño,
no quiero que mi conciencia
de una torpe accion me arguya,
y he callado en su presencia,
porque su sangre es la tuya.
Mil peligros le anuncié
que contra él tramando estan;
y en recompensa alcancé
tan justo premio á mi afan.

MARÍA. ¿Peligros has dicho?

MARQUÉS. Sí.
El Cardenal enojado.....

MARÍA. ¡No prosigas! ¡Ay de mí!

MARQUÉS. Su perdicion ha jurado.

MARÍA. ¿Pero qué medio tendrá?

MARQUÉS. Mi pensamiento no alcanza;
mas todo lo intentará,

porque es fiero en la venganza.
Vámonos de aqui, María;
alguien nos puede escuchar.

MARÍA. ¡Qué desventura la mia!
¡Siempre tengo que llorar!

MARQUÉS. Aun todo cortarse puede;
esperemos algo mas.

MARÍA. De que ningun medio quede.....
¿Qué por él hacer podrás?

MARQUÉS. Pues bien: el mal que le amaga
sepa tu padre por tí;
y tu voz le satisfaga
en lo que dudó de mí.

MARÍA. Vamos, vamos sin tardanza:
bendiga el cielo tu fe.

MARQUÉS. Aun me queda la esperanza,
de que salvarle podré. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

MACANÁZ *entrando pausadamente.*

Esta noche misterioso
es cuanto á mí me rodea:
no he visto á mi secretario;
y ese Marqués que no cesa
de anunciarme los peligros
que en el palacio me cercan.....
El Cardenal..... ya lo sé.....
vengarse de mí desea;
y toda la hiel conozco
que en su corazon se encierra.
Mas con todo, no le temo:
mi deber y mi conciencia
me ordenan que le resista,
y nunca en vano me ordenan.
Sus absurdas pretensiones
al bien de la España afectan.
Arzobispo..... de Toledo.....
Pues entonces ¿qué nos dejan
avaros los estrangeros?

¿Quieren tambien con cadenas
sujetar en su ambicion
de Castilla las conciencias?
Sobran á España pastores
de virtud y de grandeza;
no necesita estrangeros
para ser santa esta tierra.
Cardenal..... yo veré al rey;
y si complacerte intenta.....
Pero no, no: es imposible
que á tal mancilla se avenga.
Haces mas falta en Italia.
¡Oh! Yo haré que allí te vuelvas.

ESCENA XIV.

MACANÁZ, DELGADO.

DELGADO (*Al entrar.*) ¿Dónde estará el Cardenal?
(Pero, cielos!)
MACANÁZ. ¡Oh! Delgado,
anoche no pude veros;
no acudísteis al despacho.
DELGADO. ¡Señor..... (No sé por qué tiemblo.)
MACANÁZ. Tuve una nueva que daros.
DELGADO. Ahora me la podeis dar.
(¡Oh! Será otro nuevo engaño.)
MACANÁZ. Será despues: ver al rey
al instante es necesario,
y cortar en el principio
los males que estan cercanos,
y yo debo á toda costa
en esta noche evitarlos.
Que me cercan mil peligros,
hoy mismo me han anunciado.
DELGADO. ¡Peligros!
MACANÁZ. Sí; pero creo
que al darme cuenta pensaron.....
DELGADO. ¡Qué!
MACANÁZ. Que yo miedo tendria.
Mas, por Dios, se han engañado.

No dudo que el Cardenal
contra mí esté conspirando.

DELGADO. ¡Él! ¿Por qué?

MACANÁZ. Por la repulsa
que sus afanes llevaron.

DELGADO. (¡Qué entrevista tan fatal!)
Podrá conseguir.....

MACANÁZ. Delgado,
nada se me oculta, nada.

DELGADO. (¡Qué tormento!) Yo no alcanzo.....
El modo con que me hablais.....
Me parece.....

MACANÁZ. No es estraño
que vos no le comprendais.

DELGADO. (Nuestros planes se frustraron,
y el rostro á venderme va.)

MACANÁZ. ¿Por qué estais tan agitado?

DELGADO. Yo.... el placer y la alegria.....
(Me está el corazon saltando.)

MACANÁZ. Siempre me habeis sido fiel;
vuestro contento no es raro.
Mas recobrad vuestra calma.

DELGADO. (Jamás he sufrido tanto.)

MACANÁZ. Yo haré saber al monarca
que la paz de sus Estados
peligra mucho, si deja
al Cardenal á su lado.

DELGADO. (¡Dios me proteja! Las fuerzas
ya me van abandonando.)

MACANÁZ. Debe salir sin tardanza;
que en el suelo castellano
la salud de su Eminencia
puede sufrir menoscabo.
Vos esperadme allá afuera;
presto de la audiencia salgo.

DELGADO. (El cielo me saque en bien
del lance, que es apurado.)

MACANÁZ. Entremos á ver al rey;
que si un momento me tardo,
y el Cardenal se adelanta,
todo se lo lleva el diablo.

ESCENA XV.

Al dirigirse MACANÁZ *á la cámara del rey, sale de ella el* CARDENAL.

CARDENAL. Macanáz, me alegro veros.
(Me consume la impaciencia.)
MACANÁZ. Yo tambien á su Eminencia.
¿Puedo en algo complaceros?
CARDENAL. Esta noche servicial
estais. Mil gracias.
MACANÁZ. Por Dios,
que en tratándose de vos,
siempre lo soy, Cardenal.
CARDENAL. Pronto os habeis olvidado,
Macanáz, del desafío.
MACANÁZ. ¿Estais á vueltas, Dios mio,
aun con el arzobispado?
Yo por broma lo tomé.
CARDENAL. ¿Y consentís?....
MACANÁZ. ¡Oh! No puedo.
Es tan mal clima Toledo.....
que yo no consentiré
que vuestra vida preciosa.....
Es mejor que desistais,
y que á la Italia os volvais.
¡Es la Italia tan hermosa!
Ademas..... que ya sabeis
que aun cuando yo consintiere.....
es el reino el que no quiere.
CARDENAL. ¡Qué humor tan bueno teneis!
MACANÁZ. ¡Qué! ¿Lo sentís?
CARDENAL. No lo siento:
tambien alegre es mi humor.
MACANÁZ. En esta noche, señor,
mas festivo sopla el viento:
Y vamos: ¿el rey qué ha dicho?
¿Sabe ya lo que anhelais?
CARDENAL. ¿Por qué me lo preguntais?
MACANÁZ. ¡Por qué ha de ser! Por capricho.

ESCENA XVI.

Dichos, un Oficial de la guardia del rey.

Oficial. Don Melchor Macanáz.....
Macanáz. Yo.
Oficial. De la órden del rey. (*Le da un pliego.*)
Cardenal. ¿Qué es eso?
Macanáz. ¿Mi vista me engaña? ¡Preso!
Cardenal. ¿Conque os prenden? ¡Já, ja!
Macanáz. ¡Oh,
Cardenal!....
Cardenal. Mucho lo siento:
si de algo os puedo servir.....
Pero..... dejadme reir.
¡Qué quereis! ¡Sopla asi el viento!
Macanáz. ¡Oh, Cardenal, no me estraña!
Es ardid como de vos.
¡Mas no conoceis por Dios
de lo que es capaz España!
Cardenal. Esplicadme un poco mas.....
Macanáz. ¿El qué?
Cardenal. Lo que me habeis dicho.
Macanáz. ¿No está claro?
Cardenal. Es un capricho.
Macanáz. ¿Y os interesa?
Cardenal. Quizás.
Macanáz. Pues bien. Sabed que algun dia,
pues hay un Dios justiciero,
libre del yugo estrangero
se alzará la patria mia.
Porque es mengua á su poder
sufrir ya tantos reveses,
y que Roma y los franceses
la traten de envilecer.
Sabed que aun tiene arrogancia
noble el pueblo castellano:
que el yugo del Vaticano
no sufre, ni el de la Francia.
Y que si alza sus pendones,

agotado el sufrimiento,
vengará en solo un momento
todo un siglo de traiciones.
Teman pues su fortaleza,
y teman su justa saña
los que vienen á la España
sedientos de su riqueza.

CARDENAL. Francia, sí; teneis razon:
mas permitidme que os diga
que la Italia siempre amiga
fue de la Ibera nacion.

MACANÁZ. ¿Amiga? Sí; perdonad.
¡Oh! la quiere con locura;
por eso á su vez procura
quitarla su libertad.
No hay prelados castellanos
que nuestras conciencias rijan.....
por eso á que nos dirijan
mandará Roma italianos.
Es mucha amistad, muy santa:
nuestra gratitud merece.

CARDENAL. Si á vos santa no os parece.....

MACANÁZ. ¡Ah! sí, Cardenal, me encanta.

CARDENAL. Es muy justo.

MACANÁZ. Ya lo creo:
mucho mas desde que os ví.

CARDENAL. Podeis disponer de mí.
Solo serviros deseo.

MACANÁZ. Lo sé, lo sé, Cardenal;
y no debeis esforzaros.....

CARDENAL. Es que yo anhelo probaros
mi cariño sin igual.
Contad pues con cuanto valgo:
me alegro que preso esteis;
pero es, ya lo conoceis,
por seros útil en algo.

MACANÁZ. Gracias; sois digno italiano.

CARDENAL. Tanto favor no merezco.

MACANÁZ. Tambien mi amor os ofrezco.

CARDENAL. Dadme en señal vuestra mano.

MACANÁZ. Con gran placer. ¡Oh! tomadla.
Amigos siempre seremos.

CARDENAL. ¿Cuándo á vernos volveremos?
MACANÁZ. Cuando Dios quiera; apretadla.
La fortuna es caprichosa;
hoy venceis, no es cosa rara.
Antes que os vuelva la cara,
poned pies en polvorosa.
CARDENAL. Yo haré que el rostro no tuerza.
Pero ¿no cumplís la ley?
MACANÁZ. Teneis razon; manda el rey,
y contra él no tengo fuerza.
Vamos, señor oficial.
(*Al Cardenal.*)
Que Dios guarde vuestra vida.
CARDENAL. ¿Permitireis que os despida?
MACANÁZ. Dadme el brazo, Cardenal.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los anteriores.

ESCENA I.

DELGADO.

No ha estado mala jugada:
yo he necesitado verlo,
para poder convencerme
de que el Cardenal, tan diestro,
venciera así á Macanáz.
Vamos; ¡si parece un sueño!
Anoche estaba temblando,
porque yo jugaba en esto
acaso mi propia vida;
pero ya estoy satisfecho,
y pronto voy á pagarle
cual merece su desprecio.
Si él la mano de su hija
de mis servicios en premio
no hubiera querido darme,
desengañárame al menos,
y no me diera esperanzas
con tan indignos intentos.
Si el Cardenal no me dice
de Macanáz el proyecto,
acaso.... ¡loco de mí!
en sus engaños creyendo,
por conquistar su cariño
todo lo hubiera yo espuesto;
y al fin con él me perdiera,
por enemigo teniendo

á un hombre que puede tanto,
pues que ha podido vencerlo.
Tantos años en la córte,
y no ha conocido ¡necio!
que el favor de los monarcas
no es mas que un fantasma bello,
que crece, y que se disipa
como el delirio de un sueño.
Ayer privado del Rey,
hoy por sus órdenes preso,
y tal vez esté mañana.....

ESCENA II.

Dicho y el CARDENAL *que ha oido los últimos versos.*

CARDENAL. Delgado, ya lo veremos.
DELGADO. ¿Sois vos, señor?
CARDENAL. Sí yo soy.
Metido en la red le tengo.
DELGADO. Y me ha sorprendido tanto,
que aun á creer no me atrevo.....
Y si osado yo me espuse,
señor, el libro escribiendo,
fue porque ajado mi orgullo
por ese hombre en tal estremo,
mejor que sufrir callando,
quisiera yo haberme muerto.
Pero ¿qué os contestó el rey?
CARDENAL. Vuestra delacion leyendo,
se puso pálido y triste;
despues esclamó: no es esto
bastante para que yo
á un hombre que tanto quiero
aparte de mi servicio;
mas despues, el libro viendo,
como tanto le ofendia,
los ojos se le encendieron.
Yo en el nombre de la Iglesia,
reclamé con firme acento
satisfaccion conveniente;

y entonces el rey, resuelto,
mandó furioso prenderle,
y de mi cuidado en premio,
me saludó afectuoso
arzobispo de Toledo.
Se me elige en esta noche;
y yo que con Roma cuento,
mal que pese á Macanáz,
ya no tengo ningun miedo.
Vos sereis mi secretario.

DELGADO. Tanta bondad no merezco.

CARDENAL. Aun mucho mas mereceis;
y en tal estima yo os tengo,
que vos seguireis mi estrella:
asi pagar siempre suelo.

DELGADO. Con haberme de él vengado,
estoy, señor, tan contento,
que nunca el corazon mio
se encontró tan satisfecho.
¿Y en qué estado está la causa?

CARDENAL. No se ha formado proceso,
por evitar el escándalo
que dar pudiera.

DELGADO. Eso es bueno.
¿Y qué harán?

CARDENAL. Tengo pensado
que Macanáz al momento
salga de Madrid.

DELGADO. ¿Y acaso
sabeis, Cardenal, que temo
que si mucho se dilata
el alejarle del reino,
quizás el rey.....

CARDENAL. Estad tranquilo,
Delgado: en último estremo,
yo, inquisidor general,
haré valer mis derechos
á juzgarle como herege:
está todo bien dispuesto,
y nada puede salvarle;
saldrá de Madrid muy presto.

DELGADO. Cada vez admiro mas,
Cardenal, vuestro talento.
CARDENAL. Por tres años he soñado
con la silla de Toledo;
y hombres del temple que yo,
por uno ó por otro medio,
lo que sueñan lo realizan,
si es del corazon el sueño.
DELGADO. ¿Y él sabeis cómo se encuentra?
CARDENAL. Cual de costumbre, sereno;
que aun cuando es nuestro enemigo,
en valor no le escedemos.
No sabeis la trascendencia
que puede al fin tener esto.
DELGADO. ¡Oh! Decidme, Cardenal.
CARDENAL. Tales pruebas daros quiero
de amistad.
DELGADO. Podeis tenerla.
CARDENAL. Amigo de Roma os cuento,
y vereis cómo sacais,
Delgado, mayores premios.
DELGADO. En todo os quiero seguir,
y todo de vos lo espero.
CARDENAL. La perdicion del ministro
ha tenido un doble intento.
Ya sabeis que el concordato
que se medita hace tiempo,
es de tan grande importancia,
que en de un modo ó de otro hacerlo
estriba el poder que Roma
tendrá en el Estado ibero.
Solo Macanáz podia,
con su audacia y su talento,
hacer que fueran en vano,
buen Delgado, sus esfuerzos.
Él es fanático, y solo
le dominaba el empeño
de emancipar á Castilla
de la influencia del clero,
y mas que todo, que Roma
perdiera su digno puesto.

Mas por Dios que se ha engañado:
yo le he salido al encuentro,
y él pagará si es preciso
ese impío atrevimiento
con la vida: yo lo juro.

DELGADO. Ya voy, señor, comprendiendo
aquel empeño tan grande.....

CARDENAL. No era solo de Toledo
el arzobispado.....

DELGADO. No.
¿Quién puede pensar en eso,
cuando un interés mayor
está, Cardenal, por medio?

CARDENAL. Roma siempre antes que todo:
por ella son mis proyectos;
ya veis que con vos, Delgado,
entera franqueza tengo.

DELGADO. Yo, Cardenal, á mi vez
de veras os la agradezco;
mas si el rey me interrogara,
¿qué responderle yo debo?

CARDENAL. Lo que la delacion dice:
que le estabais escribiendo
segun él os le dictaba;
y que al fin os decidieron
los gritos de la conciencia
y el amor al trono régio
á delatar un delito
en que se hallaban envueltos
el decoro de la Iglesia,
y tal vez la paz del reino.
Pero hablar al rey conviene.

DELGADO. Yo estoy de impaciencia lleno.

CARDENAL. Sí, voy á verle al instante;
y si decidirle puedo,
ya os lo he dicho, en esta noche
ha de hacer salir al reo
lejos de Madrid.

DELGADO. ¿Adónde?

CARDENAL. A viajar al estrangero.

DELGADO. Ya solo un poco nos falta.

CARDENAL. Aqui esperadme: hasta luego.
DELGADO. Y si algo fuere preciso.....
CARDENAL. Avisaré con Rugiero.
(*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA III.

DELGADO.

¡Oh Macanáz! tu talento
digno adversario encontró,
y frente á frente luchó
con tu grande valimiento.
Yo mi ayuda le he prestado,
y él su ayuda me da á mí.
Te rendimos. ¡Ay de tí!
Ya verás quién es Delgado.

ESCENA IV.

Dicho, *el* MARQUÉS.

MARQUÉS. Guardeos Dios, buen caballero.
DELGADO. Bien venido el Marqués sea.
(Me alegro, viven los cielos,
que en tan buena ocasion venga.)
¿Y cuándo al fin os casais?
Recibid la enhorabuena.
MARQUÉS. Por quien soy que es necesario,
para asi hablar, tener vuestra
audacia, por no deciros.....
DELGADO. ¿El qué?
MARQUÉS. ¡El qué! (¡Dios me contenga!)
No debo yo contestaros,
no: me daria vergüenza.
DELGADO. Yo.....
MARQUÉS. Callad, si no quereis.....
DELGADO. ¿Qué?
MARQUÉS. Que os arranque esa lengua.

DELGADO. ¡Caballero!
MARQUÉS. Y no os la arranco
por no mancharme con ella.
Salid de aqui.
DELGADO. Por el cielo.....
MARQUÉS. Mirad, allí está la puerta.
DELGADO. Ved que estamos.....
MARQUÉS. ¡Miserable!
Si mirado no lo hubiera,
muy poco hubierais estado
aqui vos en mi presencia.
DELGADO. (No sé por qué me contengo.
¡Por Cristo, que si no fuera.....)
MARQUÉS. Siempre murmura el cobarde
asi, porque no lo entiendan.
DELGADO. No me insulteis, caballero.
MARQUÉS. ¡Menguado! Si yo supiera
que escupiéndoos en el rostro
habiais de vengar la ofensa,
sin mirar que aqui os he hallado,
en el rostro os escupiera.
DELGADO. Me alejo, porque la rabia.....
MARQUÉS. No apureis mas mi paciencia.
Salid, salid; ya os lo he dicho;
no espereis mas.
DELGADO. Marqués, sea.
MARQUÉS. Idos, y romped la espada
que ceñís con tanta mengua.
DELGADO. (*Al salir.*) (Yo de tí sabré vengarme.)
MARQUÉS. Yo te seguiré la huella.

ESCENA V.

El MARQUÉS.

Goza en tu infamia, villano:
tus pasos voy á seguir;
y llegarás á sentir
todo el peso de mi mano.
Mas no me engaño..... ¡Es María!

¡Qué palidez, qué tristeza;
marchitaron su belleza
los dolores en un dia!

ESCENA VI.

Dicho, María, *que entra distraida sin reparar en él.*

María. ¡Todo en vano! Mis lágrimas no bastan
á aliviar tus tormentos. ¡Padre mio!
Marqués. El cielo escuchará tu voz doliente.
María ¡Oh, Marqués! ¿Eres tú? No te habia visto.
Marqués. Ese llanto que anubla tu semblante,
del corazon arranca hondos suspiros.
¿Por qué tanto gemir?
María. ¡Tú lo preguntas!
¿No escuchas de mi pecho los latidos?
Profunda herida al corazon me abrieron;
para siempre tal vez ya le he perdido.
De duelo el alma por mi mal henchida
exhala en su dolor tristes gemidos;
y por mas que me afano, ante mis ojos
luto y oscuridad tan solo miro.
¿Por qué á prision tan dura le condena
el monarca que tanto le ha querido?
Marqués. Es un misterio con teson velado,
cual la faz de sus fieros enemigos.
María. Tus sospechas quizás.....
Marqués. Se realizaron.
María. Háblame por piedad. ¿Tienes indicios?
Marqués. Algo ya de la trama he descubierto:
firme y sin vacilar sus pasos sigo.
Óyeme: el Cardenal, con ese hombre
á quien te destinaban.....
María. ¡Oh! ¿Qué has dicho?
Marqués. No hay dudar; ellos son los miserables
que á tu padre inocente.....
María. ¡Ay!
Marqués. han vendido.
Sin duda presentaron al monarca

tales pruebas.....

MARÍA. ¡Ay Dios! Mayor conflicto
no se puede encontrar. ¿Cómo pudieron.....

MARQUÉS. El favor de un monarca es un abismo.

MARÍA. El que ayer á mi padre distinguia
premiando cual merece sus servicios,
en un solo momento se ha tornado
del vasallo mas fiel crudo enemigo.
En mal hora á la corte nos llamára;
á sufrir y llorar hemos venido.

MARQUÉS. Esa angustia mortal con que padeces,
te aumenta de tu padre los peligros;
y acaso pronto volverá á tu lado,
de prez y eterna gloria muy mas digno.

MARÍA. En vano con tan gratas esperanzas
pretendes disipar mi cruel martirio:
sola en el mundo, sin ningun amparo,
con el triste recuerdo de haber sido
envidiada quizás..... Marqués, la muerte
es el único bien: sí, yo la ansío.

MARQUÉS. Me estremeces, María. ¡Tú estas sola!
¿En qué, por mi desgracia, te he ofendido?
¿No me tienes aqui? Siempre constante
á tu lado estaré; siempre contigo,
templando tu dolor; oirás mi acento,
respondiendo á tus ayes doloridos.

MARÍA. ¿Y qué conseguirás? Mas desgraciada
hacerme con tu amor..... Si está marchito,
si sufre el corazon eternamente,
¿podrá mas que gemir? Helado y frio
tus acentos de amor escucharia.
Ya todo lo perdí, pues le he perdido.
¿Comprendes tú, Marqués, lo que se pierde
cuando se pierde un padre? Es un delirio;
es un tormento tal, que no es bastante
un solo corazon para sentirlo.

MARQUÉS. Pues bien: cese tu llanto; la esperanza,
escucha por tu amor, no se ha perdido:
aun me sobra valor para arrancarlo
al furor de sus fieros enemigos.
Te lo juro.

MARÍA. Marqués, de tí lo espero:
vuela á sacarme del mortal conflicto
en que me abisma mi dolor.

MARQUÉS. ¡María!

MARÍA. No hay mas que tú, Marqués, y en tí confio.
No te detengas mas; corre á salvarle;
creer para vivir hora es preciso.
Mi pensamiento seguirá tus pasos,
y tu egida será.

MARQUÉS. Si mi destino
á no poder salvarle me condena,
yo no habré perdonado un sacrificio.
Luchando por mi amor, bella María,
sucumbiré con él.

MARÍA. Si es tan impío
para los dos el porvenir, alienta;
que si es fuerza caer al hondo abismo,
sucumbirás con él; pero tú amada.....

MARQUÉS. No sigas, no.

MARÍA. Sucumbirá contigo.

(*Vase el Marqués.*)

ESCENA VII.

MARÍA.

No puedo mas: las fuerzas me abandonan:
mi espíritu fallece:
ya no tengo ni llanto ni gemidos:
mi cabeza enloquece.
Tambien corre á morir. ¡Dios poderoso!
protége tú su empresa:
no le dejes morir, que es inocente.
Tu bondad es inmensa.

ESCENA VIII.

María, Isabel, *que entra precipitadamente.*

Isabel. ¡María!
María. ¡Isabel!
Isabel. Yo soy.
María. ¿Vienes conmigo á llorar?
Isabel. No: que te vengo á buscar,
y ya ves, alegre estoy.
María. ¡Oh! Tú aléjate de mí,
y respeta mi amargura.
Isabel. ¡Yo alejarme! ¡Qué locura!
¿Y puedes hablarme asi?
Alégrate tú, María;
he visto á la reina.
María. ¿Y qué?
Isabel. Por tu padre la rogué:
por eso alegre venia.
Me ha dicho que quiere verte.
Ven, que nos está esperando:
tengo el alma rebosando
de placer.
María. ¡Pude ofenderte!
Perdóname, Isabel mia.....
Pero..... ¿no te ha dicho mas?
¿Saldrá mi padre?
Isabel. Quizás.
María. ¡Siempre quizás! ¡Qué agonía!
Isabel. No por Dios: ten esperanza
de tu padre en la inocencia;
de la suprema clemencia
el bueno todo lo alcanza.
La reina dispuesta está
á rogar al rey por él.
María. Pues entonces, Isabel,
no hay duda, se salvará.
Isabel. Vamos corriendo.
María. Sí, amiga.

ISABEL. Tus penas se acabarán.
MARÍA. El cielo premie tu afan.
Dios á la reina bendiga.
(*Entran en la cámara de la reina.*)

ESCENA IX.

DELGADO *y* DON LUIS.

DELGADO. Ya poco puede tardar.
LUIS. ¿Será bueno el resultado?
DELGADO. Acaso mejor, don Luis,
que nosotros lo pensamos;
porque no existe en el mundo
diplomático mas sábio
que el Cardenal.
LUIS. Este asunto
con primor lo ha manejado.
Por hombres asi se puede
uno esponer.
DELGADO. ¡Pues es claro!
Ya lo veis, hace un momento
me nombró su secretario.
LUIS. Decidle lo que yo anhelo
poderle servir en algo.
DELGADO. Estad seguro que pronto
sereis, don Luis, agraciado
con esa misma embajada
que os hizo padecer tanto.
LUIS. ¿No me engañais? ¡Pero qué!
Os estais de mí burlando.
DELGADO. ¿Dudais vos de mi amistad?
Lucidos, don Luis, estamos.
LUIS. Yo soy rico, y no ambiciono
mas que laureles, Delgado.
DELGADO. Pues eso muy fácil es:
y tendreis vos, don Luis, tantos
que envidia os tendrán los grandes:
estoy en ello empeñado.
LUIS. Mi gratitud será eterna;

y no podré yo esplicaros.....

DELGADO. El Cardenal.....

LUIS. Tarda un poco.

DELGADO. No sé qué pensar.

LUIS. Si acaso
se habrá perdido.....

DELGADO. Eso no.

LUIS. Macanáz.....

DELGADO. ¡Qué! Ni pensarlo.
Si me inquieta, es la tardanza;
no, don Luis, el resultado.

LUIS. ¿Conque esta noche?

DELGADO. De cierto.

LUIS. Entonces no hay que dudarlo.

DELGADO. Si hubiese algun contratiempo,
me hubiera al punto avisado.

LUIS. ¿Quedásteis en eso?

DELGADO. Sí.

LUIS. El monarca estará acaso.....

DELGADO. Eso, don Luis, yo sospecho,
su destierro repugnando.
Pero al fin lo firmará;
estoy de ello penetrado.
¿Mas quién llega por ahí?

LUIS. En efecto, siento pasos.
El Marqués.

DELGADO. No quiero verle.
Seguidme, don Luis.

LUIS. Sí, vamos. (*Vanse.*)

ESCENA X.

EL MARQUÉS.

¡No sé qué hacer! Nada puedo
descubrir. Nadie contesta.
Al autor del vil enredo
todos tienen aqui miedo:
ningun recurso me resta.
Yo que salvarle juré;

yo que amo tanto á María,
¡cielos! ¿le abandonaré?
No; que yo le salvaré,
ó moriré en este dia.

ESCENA XI.

Dicho y Rugiero.

Rugiero. (*Al entrar.*) Me dijo que aqui estaria,
y aqui le debo encontrar.
Exactamente: aquel es.
Marqués. ¿Qué buscábais?
Rugiero. Perdonad.
¿Sois don Patricio Delgado?
Marqués. (Si no es mentido mi afan.....)
Yo soy: decid.
Rugiero. (Sí; no hay duda;
él debe ser.)
Marqués. Acabad.
Rugiero. Escuchadme.
Marqués. Ya os escucho.
(¿Por qué le busca? Quizás.....
Esploremos.)
Rugiero. ¿Pero estamos
solos?
Marqués. (¡Oh Dios! ¿Qué será?)
Solos. ¿Por qué lo decís?
Rugiero. ¿Y aqui esperándome estais?
Marqués. Sí á fe.
Rugiero. Bien, señor Delgado.
Marqués. ¿Qué quereis?
Rugiero. Venid acá.
Marqués. (¡Qué misterio!)
Rugiero. Este papel
de parte del Cardenal.
Marqués. ¡Oh! Dadme: sí, lo esperaba.
Rugiero. ¡Cómo!
Marqués. Con grande ansiedad.
Rugiero. Me encargó que en el instante.....

MARQUÉS. Decidle que bien está.
RUGIERO. La detencion.....
MARQUÉS. Sí, nos puede.....
RUGIERO. Él lo dijo, ser fatal.
MARQUÉS. Sí, sí; corred y decidle
que lo he recibido ya,
y que descuide, que al punto.....
En fin, en fin, nada mas. (*Vase Rugiero.*)

ESCENA XII.

El MARQUÉS.

¡Dios mio! Si este papel.....
Siento mi mano abrasar.
Abrámosle. ¡Será cierto!
Perdido está Macanáz.
¡Oh pérfidos! Ya lo sé:
de mi cólera temblad.
(*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA XIII.

MARÍA, ISABEL, *saliendo de la cámara de la reina.*

MARÍA. ¡Por qué tan halagüeñas ilusiones
tú me hiciste formar!
¡Por qué no me dejaste, amiga mia,
con mi dolor luchar!
Pronto del suelo, do feliz naciera,
á remotas regiones
mi padre correrá; la furia impía
para siempre tal vez.....
ISABEL. ¡No lo creyera!
MARÍA. La reina de su esposo no ha podido
alcanzar el perdon.
¡Oh! Recordar no puedo sin espanto
tan vil acusacion.
Contra el rey escribir..... ¡y eternamente

haberle defendido!
Deja que corra sin cesar mi llanto.
¿Abandona el Señor al inocente?

ISABEL. Pero al fin le verás antes que parta.

MARÍA. Yo con él partiré. Ya nada anhelo
de este palacio, do en dichosos dias
de mis delicias contemplaba el cielo.
En él el Cardenal, y en él Delgado,
á todas horas, Isabel, veria;
y siempre su traicion ante mis ojos
con mas negros colores estaria.
Mil á mil desengaños recibiendo,
el nombre de mi padre amancillando
veria sin cesar.

ISABEL. ¡Y quién pudiera!

MARÍA. Los que estaban ayer tanto adulando.
No, no: con él me alejaré.

ISABEL. Ya tarda.

MARÍA. Tienes razon, sí: ya lo habia olvidado.
Que de mí te despidas solamente
la reina ha conseguido. ¡Padre amado!
Pronto aqui te veré: pronto dichosa
sentiré yo tus lábios en mi frente.
¿Pero quién viene? ¿Pasos no escuchaste?

ISABEL. Es Delgado.

ESCENA XIV.

Dichas, DELGADO, *que al ver á* MARÍA *dice sorprendido:*

DELGADO. (¡Aqui su hija! ¡Dios potente!)

MARÍA. ¿Vos aqui?

DELGADO. Sí, yo.

MARÍA. Teneis
de una hiena el corazon.
¿Tranquilo estais? ¡Cómo el cielo
permite!....

DELGADO. (Martirio atroz.)
Con mi deber he cumplido.

MARÍA. Callad, callad; viendo estoy.....

DELGADO. ¡El qué!
MARÍA. La infamia escrita
en esa faz de traidor.
Bien pagásteis los favores
que mi padre os prodigó.
Marchaos de aqui.
DELGADO. Me insultais;
pero no teneis razon.
Escuchad.
MARÍA. Nunca; dejadme,
y respetad mi dolor.
Viendo está vuestra conciencia.....
Delgado, que os premie Dios.
ISABEL. ¡María, tu padre!
DELGADO. (¡Cielos!)
MARÍA. Mi anhelo no me engañó.

ESCENA XV.

Dichos, MACANÁZ *escoltado por el* OFICIAL DE LA GUARDIA *que se quedará á corta distancia.* DELGADO *confundido se retira á un estremo del salon.*

MACANÁZ. ¡Hija del alma!
MARÍA. ¡Dios mio,
os vuelvo á ver!
MACANÁZ. Deja el llanto.
MARÍA. ¡Oh padre! ¡He sufrido tanto!
Os amo con desvarío.
Nos alejaremos.
MACANÁZ. Sí.
Tú mi suerte seguirás.
Saldremos para jamás
pisar este suelo. (*Reparando en Delgado.*) ¿Aqui
vos? ¿Os turba mi mirada?
Alzad la frente alevosa;
vuestra conciencia ominosa
teneis en ella grabada.
DELGADO. (¡Oh! Me mata: yo no puedo
escuchar su voz severa.)

MACANÁZ. En vuestra noble carrera
es mal compañero el miedo.
Y ademas..... ¿Por qué os turbais?
¿Por descargar la conciencia?....
¿Cuánto ha dado su Eminencia
por ese libro? ¿Temblais?
¡Miserable! Habeis obrado
dignamente. ¡Oh! No me estraña
que esté tan medrada España
con tales hijos..... ¡Menguado!
Tened al menos valor.

DELGADO. (¡Cuánto tarda el Cardenal!)

MACANÁZ. De vuestra intriga infernal,
ya veis, no tengo temor,
y mi frente está serena.
A region estraña iré;
mas siempre la mostraré
de gloria y de orgullo llena.
De vuestra traicion el precio
ya recogereis, villano;
y si fuerais castellano,
os matara mi desprecio.

MARÍA. Dejadle, padre.

ISABEL. Señor.....

DELGADO. (¡Oh, lo que estoy padeciendo!)

ISABEL. Bastante estará sufriendo.

MACANÁZ. Sufre muy poco un traidor.
Mas dejémosle, hija mia,
y salgamos de esta tierra
que tanto villano enciera,
y que han de perderla un dia.
Sí, salgamos de la corte,
que ya dirá la esperiencia.....

DELGADO. (¡Qué ventura! ¡Su Eminencia!)

ESCENA XVI.

Dichos, el CARDENAL *que sale de la cámara del rey con un papel en la mano.*

CARDENAL. (*Alargándosele á Macanáz.*)
Se os olvida el pasaporte.
MACANÁZ. (*Cogiéndole.*) ¡Gracias, señor Cardenal!
CARDENAL. Agradecerme debeis.....
MACANÁZ. Sé lo mucho que valeis.
Nunca herís con el puñal.
En Italia habeis nacido.....
CARDENAL. Con ello estoy muy honrado.
MACANÁZ. Mucho habeis degenerado.
CARDENAL. Mas nunca traidor he sido,
ni á mi iglesia ni á mi rey,
Macanáz, como sois vos.
MACANÁZ. Callad, que os escucha Dios.
CARDENAL. ¿Por qué os condena la ley?
¿Por qué os destierran de aqui?
MACANÁZ. Os habeis equivocado:
preguntádselo á Delgado;
él responderá por mí.
CARDENAL. Su contestacion espero.
DELGADO. Yo mi conciencia.....
CARDENAL. ¿Lo veis?
¿Y qué replicar podreis?
MACANÁZ. Que como buen estrangero
sois, señor, bastante audaz;
pero mucho no os durmais.
CARDENAL. ¿Todavía amenazais?
MACANÁZ. Siempre seré Macanáz.
Mas, ¿cómo inspirar yo puedo
el temor á un Cardenal?
CARDENAL. Estais informado mal:
arzobispo de Toledo.
MACANÁZ. ¡Arzobispo!
CARDENAL. Puede ser:
está ya hecha la eleccion.

MACANÁZ. ¡Se paga asi la traicion!
!Oh! No lo puedo creer.
CARDENAL. Mirad, mirad. (*Le enseña un papel.*)
MACANÁZ. (*Lee.*) ¡Pobre España!
CARDENAL. ¿No os lo decia?
MACANÁZ. Jamás
de entre las manos saldrás
de ambiciosa gente estraña.
Rey Felipe.....
CARDENAL. ¡Já, já, já!
A vos, Macanáz, tan ducho.....
MACANÁZ. Puede que no os dure mucho.
CARDENAL. Delgado, soñando está.
Acordaos.....
MACANÁZ. ¿De qué?
CARDENAL. De nada.
Mas ya os estan esperando.
MACANÁZ. Cardenal, lo estoy ansiando;
que está mi alma avergonzada.
Vamos, María.

ESCENA XVII.

Dichos, el MARQUÉS.

MARQUÉS. Esperad.
MARÍA. ¡El Marqués! Esta venida.....
MARQUÉS. (*Al Cardenal.*) Cuento con vuestra bondad.
MACANÁZ. Tambien venís.....
MARQUÉS. Sí en verdad.
MACANÁZ. A insultar mi despedida.
Ya estoy cansado, Marqués.
¿Qué es lo que de mí quereis?
CARDENAL. Vamos, decidlo.
MARQUÉS. Despues.
CARDENAL. ¿Es decir que insultais?.....
MARQUÉS. ¡Pues!
CARDENAL. Esa venganza.....
MARQUÉS. Vereis. (*Le da un pliego.*)
Leed. (*Da otro á Macanáz.*)

MACANÁZ. Sí; quiero leer
de lo que vos sois capaz.
MARQUÉS. Llegareis á conocer
como yo.....
MACANÁZ. (*Lee.*) ¡Puedo creer!
MARQUÉS. Creedlo, sí, Macanáz.
CARDENAL. ¡Ah, me han vendido!
MARQUÉS. ¿Qué es eso,
Cardenal?....
CARDENAL. ¡Oh!
MACANÁZ. ¡Fuerte cosa!
¿Conque vos sereis el preso?
Obrásteis, señor, sin seso
no os poniendo en polvorosa.

(*Lee el pliego.*) «Estando plenamente convencido de la »traicion abominable de D. Patricio Delgado contra D. Mel»chor de Macanáz, suponiéndole autor del libro escrito de su »letra contra la Iglesia y mis regalías; y estándolo tambien de »la complicidad que en ello tiene el Cardenal de Judice.....

CARDENAL. No sigais mas.
MACANÁZ. Cardenal,
me va un poco interesando.....
MARQUÉS. Ya lo oís, es natural.....
Estais tan triste.....
CARDENAL. Cabal.
(*A Macanáz.*) Seguid; estoy ya escuchando.

(*Macanáz lee.*) «Segun una carta escrita por él, dirigida á »Delgado, y presentada á mi real persona por el marqués de »Casa-Blanca, vengo en mandar que D. Melchor de Macanáz »los juzgue con las mas ámplias facultades como calumnia»dores y verdaderos enemigos de la Iglesia y de mi trono.»

(*Mostrándoselo al Cardenal.*)
Y ved, que si no me engaño,
está por el rey escrito.
CARDENAL. (*A Delgado.*) ¡Ah traidor! Algun amaño.....
DELGADO. Cardenal, á todo estraño.....
Eso solo necesito.
CARDENAL. Perdonadme, Macanáz.....
MACANÁZ. Arzobispo de Toledo,
salid de España; id en paz.
CARDENAL. ¡Yo!

MACANÁZ. Sí, vos: y tú, hombre audaz.....
DELGADO. ¡Oh señor!
MACANÁZ. ¡Siempre con miedo!
te quedarás en la corte.
Abrazadme vos, Marqués;
perdonad mi estraño porte.
(*Al Cardenal.*) Os devuelvo el pasaporte.
(*Al Marqués.*) Ya mi hija.....
MARÍA. ¡Cielos!
MACANÁZ. Vuestra es.
MARQUÉS. Ya cumplí mi juramento.
María, ven á mis brazos.
MARÍA. ¡Siempre tuya! ¡Qué contento!
Isabel.....
ISABEL. Dios de su asiento
bendiga tan dulces lazos.
DELGADO. (*Al Cardenal.*) Señor, no tuve noticia.....
CARDENAL. Dejadme: temblad mi saña.
MACANÁZ. No es, Cardenal, su malicia;
es del cielo la justicia,
que os manda salir de España.
En vuestra tierra contad
de qué modo aqui pensamos.
CARDENAL. Mis súplicas.....
MACANÁZ. Reparad
que ese manto de piedad,
si os arrastrais, le pisamos.
El coche que para mí
estaba ya prevenido,
os alejará de aquí:
ved, Cardenal, por allí.
CARDENAL. Macanáz, me habeis vencido.
MACANÁZ. Marchitóse la ilusion
que á la España os conducia;
ya llevais el galardon
que en justicia merecia
vuestra ominosa traicion.
De vuestros intentos vanos
nada podeis ya esperar;
porque asi ven los tiranos
sus esperanzas frustrar

donde hay nobles castellanos.
Id á la Italia, y decid
que aunque luchásteis tenaz,
no os salió bien este ardid:
y tranquilo allí vivid,
mientras viva Macanáz.
¿Qué esperais? Ya me parece
que adquirísteis buen renombre.

CARDENAL. (¡Oh, mi pecho se estremece!)

MACANÁZ. (*Al oficial.*) Llevad al punto ese hombre
al lugar donde merece.
Al fin la inocencia brilla:
si cubiertos de mancilla
fueran siempre los traidores,
no asediáran á Castilla
miserables opresores.
Aunque llevais mi perdon,
temed del pueblo la saña.
Id á estrangera nacion
á decir que la traicion
asi se premia en España.

FIN DEL DRAMA.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta Córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Un hombre de estado,
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes ó el Bandido generoso.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita,
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero (de mágia).
La nueva Pata de Cabra (Id.)
A quien Dios no le dá hijos....
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger,
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Las dos carteras.
Malas tentaciones,
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues, *segunda parte del Corazon de un bandido.*
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS.

Tramoya.
Las Señas del Archiduque.
El Duende.
El Duende, segunda parte,
Colegialas y Soldados.
Misterios de bastidores.
El Alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.

MUSICA.

Partitura completa del Duende para piano y canto.
Cancion de la Jardinera, de id.
La cancion del Duende, id. id.
Polka burlesca, id. id.

OBRAS.

En los mismos puntos se hallan de venta.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.
Corzo. Código penal reformado. Ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

TOMANDO LA COLECCION COMPLETA **50** POR **100** DE REBAJA.

En Madrid en las librerías de Rios, calle de Carretas; Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo, y Publicidad, calle del Correo.

EN PROVINCIAS.

Adra.	D. Francisco Barr. Medina.
Albacete. . . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá.	Felix Moreno.
Alcoy.	José Martí y Roig.
Algeciras. . . .	Vicente Castaño y Monet.
Alicante. . . .	Pedro Ibarra.
Almaden.	Felix Quiroga.
Almería.	Sres. Vergara y compañía.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.
Avila.	Manuel Benito.
Avilés.	Ignacio García.
Badajoz.	Sra. Viuda de Carrillo.
Baeza.	Manuel Alambra.
Barcelona. . . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Benavente. . . .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja.	Nicolas del Moral.
Bilbao.	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos.	Sergio Villanueva.
Cáceres.	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona.	José Moreno.
Cartagena. . . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . . .	Remigio Moles.
Chielana.	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real. . . .	Antonio Mexía.
Ciudad--Rodrigo. .	Salomé Perez.
Córdoba.	Juan Manté.
Coruña.	Juan José Sischká.
Cuenca.	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Gerona.	Narcisa Grasses.
Granada.	José María de Zamora.
Guadalajara. . . .	Miguel Perez.
Guardamar. . . .	Sres. García y Muñoz.
Habana.	Antonio Charlain
Huelva.	Ramon Rodriguez.
Huesca.	Sra. Viuda de Galindo.
Jaen.	Sres. Sagrista y Compañía.
Jerez de la Frontera.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida.	José Sol.
Logroño.	Domingo Ruiz.
Loja.	D. Juan Cano.
Lorca.	Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Málaga.	Francisco de Moya.
Manila.	Tomás Escudero Izquierdo.
Murcia.	Antonio Molina.
Orense.	Manuel Gomez Novoa.
Oviedo.	Rafael C. Fernandez.
Palencia.	Gerónimo Camazon.
Palma.	Juan Guasp.
Pamplona. . . .	Teodoro de Ochoa.
Plasencia. . . .	Isidro Pis.
Pontevedra. . . .	Juan Verea y Varela.
Priego.	Gerónimo Caracuel.
Puerto Santa María.	José Valderrama.
Requena.	Benito Huerta.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo	Marcos Fernandez Lopez.
Ronda.	Juan José Moreti.
Salamanca. . . .	Telesforo Oliva.
San Fernando. . .	José Tellez de Meneses
San Lucar.	José María Espez.
Santa Cruz de Tenerife.	Pedro M. Ramirez.
San Sebastian. . .	Sres. Domereg y Sobrino,
Santander. . . .	Clemente María Riesgo.
Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia.	Eugenio Alejandro.
Sevilla.	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. . . .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel.	Antonio Lopez,
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor
Trinidad de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia.	Francisco Mateu y Garin.
Valladolid. . . .	José M. Lezcano y Roldan.
Velez Málaga. . .	Antonio María Cebrian.
Vitoria.	Saturnino Ormilugue.
Zamora.	
Zaragoza. . . .	Pascual Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa de Astrarena.